
Juan Rosales

No hace mucho tiempo, un cable proveniente de Bogotá informaba escandalizado acerca de la ceremonia religiosa efectuada durante la Semana Santa en un barrio obrero de la capital de Colombia. En un templo modesto, de los que abundan en el continente, ante varios cientos de personas humildemente vestidas, el P. René García, acompañado por otros sacerdotes, ofició un sermón en el que mencionaba hechos muy prosaicos, conocidos por todos los habitantes de la barriada: hombres que quedan sin trabajo porque se va a reestructurar la fábrica; niños expulsados del colegio porque deben la pensión, y sus padres no pueden pagarla; pequeños comerciantes abrumados por las multas arbitrarias; centenares de muchachos obligados a robar para alimentar a su familia, que son atrapados y encarcelados, en tanto fuertes empresarios se apropian cada día de la mayor parte del dinero que consiguen explotando el trabajo del obrero, pero siguen libres y son cada vez más poderosos; decenas de muchachas y madres que se ven obligadas a vender su cuerpo si quieren alimentar y educar a sus hijos.

Y nadie dice nada, afirma el sacerdote, cuyos ojos brillan indignados. Cuando llega el momento de la consagración, dice a los fieles: "Este pan y este vino quieren ser manifestación y prueba de nuestro deseo de unión. Que no haya hombres explotados y otros explotadores, que todos seamos de verdad humanos y no reconozcamos más que un único Señor, Cristo Jesús . . ."

Tras la misa, se escenifican algunos cuadros elaborados y actuados con gente del lugar. En uno se puede ver a una familia reunida en torno de una mesa vacía. El más pequeño dice: "Mamá, tengo hambre. ¡Quiero pan! ". La madre responde: "No hay con qué comprarlo, tu padre no pudo conseguirlo . . . ¡El dinero está en otras manos! . . ." El público aplaude con fervor. En un barrio residencial, de "gente bien", esto parecería ridículo (además de peligroso), pero en el barrio "Florencia" no, porque sus habitantes saben que se trata sencillamente del drama cotidiano de sus vidas. Como sus padres y sus abuelos, ellos creen y rezan, pero ya no se resignan a

una miseria eterna. Por último, un laico sube al tablado, y con el telón de fondo de carteles que dicen “Unidos venceremos”, “¡Abajo la opresión!”, complementa el sermón y las escenas afirmando: “Jesucristo no vino a salvar al rico. Vino a salvar a los pobres de manos de sus opresores. Cristo crucificado equivale a decir que el pueblo está crucificado. Crucificado por el egoísmo de una clase social burguesa . . .”

Misas como la descrita, misas que denuncian los crímenes cometidos contra trabajadores, estudiantes, campesinos y sacerdotes, misas que reclaman la vigencia de los elementales derechos ciudadanos, que se organizan para protestar por el cierre de un ingenio o un taller, por problemas vecinales, o del salario o la vivienda, se han vuelto comunes en cada ciudad o pueblo de América Latina. No son actos accidentales, hechos aislados, obra de alguno que otro cura “subversivo” y marginado del cuerpo eclesiástico. Es cierto que reflejan la actividad de sólo una parte de la Iglesia continental, su parte más comprometida con las angustias y demandas de los pueblos latinoamericanos, pero es precisamente esta corriente la que va cobrando fuerza y definiendo la fisonomía del catolicismo en nuestros países. Y no se trata solamente de sacerdotes o de laicos. Numerosos obispos y documentos episcopales emplean en nuestros días un lenguaje y una prédica que en otros tiempos eran anatematizados por las jerarquías como fruto demoníaco de esos Hijos de las Tinieblas modernos, vulgarmente llamados comunistas.

El episcopado chileno condena la política económica (“mala con todas sus letras”, injusta y antipopular), la violación de los derechos humanos, el aplastamiento de la democracia, por parte de un gobierno que se dice “católico”, y le hace befa de todo sentimiento humanitario.

Encabezados por el arzobispo de Managua, hasta hace poco amigo de la familia de Somoza, 7 obispos condenan en un mensaje público el terror impuesto por éste y reclaman su renuncia. En Guatemala, donde la jerarquía eclesiástica apoyó el golpe proyanqui de Castillo Armas que derrocó al gobierno democrático de Arbenz y liquidó la reforma agraria; el obispo Flores Reyes y organizaciones del clero acusan a los militares reaccionarios en el gobierno por su inhumana represión de los campesinos que protestan debido, dicen, “a la situación social existente, con la tierra en poder de poquísimas personas y con campesinos hambrientos que no tienen nada”.

También los obispos de El Salvador, donde sacerdotes y laicos han sido asesinados por defender las reivindicaciones campesinas, afirman que la causa de todos los males y de la violencia del país es la injusticia de su estructura social, y reclaman una “profunda y ordenada reforma agraria integral”.

El episcopado de Brasil, sostén espiritual y práctico del golpe militar fascista de 1964, en diversos documentos de gran resonancia ha denunciado la violencia represiva del régimen, el uso de la tortura y del terror contra los pobres, los trabajadores, los campesinos y los indígenas, “en tanto —sostiene— para los poderosos la situación es muy diferente”. La iglesia ha condenado la opresión económica y social “la mala distribución de la tierra”, el reino “del dinero por encima de todo”, la “ideología de la seguridad nacional colocada por encima de la seguridad personal”, y promotora de una “permanente inseguridad del pueblo”, así dice; como de esa funesta “guerra antisubversiva” contra el comunismo que lleva al embrutecimiento cada vez

mayor de sus agentes, genera un nuevo tipo de fanatismo, un clima de violencia y miedo”.

En una reunión efectuada recientemente en Bogotá, preparatoria de la próxima Conferencia Episcopal de Puebla, 60 cardenales, arzobispos y obispos latinoamericanos formularon un sombrío diagnóstico de la situación de nuestros países, sosteniendo, por ejemplo, que “la concentración de la riqueza en unas pocas manos”, y “la injusticia social que vive el continente” pueden “provocar un verdadero cataclismo por la insurrección de las masas contra los privilegios”; que “las empresas trasnacionales no han traído beneficios a los países latinoamericanos y más bien son fuente de corrupción e inmoralidad, aun en sus propias naciones . . .”, que “en los regímenes militares se vulneran con frecuencia los derechos humanos” o que “los trabajadores, desprovistos con gran frecuencia de sus derechos sindicales, sufren, como sus pueblos, de una violencia incesante . . .”

Los testimonios acusadores podrían multiplicarse en cada país . . . ¿Qué hacer frente a semejante panorama? El cardenal chileno Silva Henríquez ha dicho que “en esta hora decisiva de la historia no podemos ser neutrales ni indecisos . . .”. Un documento de 99 sacerdotes y religiosas de Bolivia, respaldados por su Episcopado, sostiene que hasta ahora “Hemos callado por miedo y cobardía”, “si este silencio de la iglesia continúa —dicen— seguiremos faltando a un grave deber y perderemos la autoridad para transmitir la palabra de Dios por falta de solidaridad con nuestros hermanos”. Mons. Helder Cámara afirma que “de manera general, obispos y sacerdotes de América Latina, vivimos muy ligados a los gobiernos y a los grupos ricos y poderosos. Exigíamos al pueblo paciencia, obediencia, aceptación de los sufrimientos de Cristo; pero en el contexto de nuestro continente, sin querer, sin notarlo, hacíamos el juego a los opresores”.

“Nuestro compromiso —dice a su vez el episcopado brasileño— es con el pueblo, en esperanza y libertad”, la iglesia, sostiene “hoy reclama para el pueblo ya no una migaja de las sobras que caen de la mesa de los ricos, sino un reparto más justo de los bienes . . .”. Ser cristiano, asegura Mons. Proaño, obispo de Ecuador, “quiere decir comprometerse en la lucha contra el monstruo del capitalismo para conquistar la liberación del hombre y de todos los hombres . . .”. Declaraciones parecidas, con mayor o menor énfasis, recorren el catolicismo latinoamericano expresando su creciente conciencia y su estado de ánimo.

Pero la batalla no es sencilla. Los prelados del NE y del centro de Brasil denuncian a “los poderosos y los políticos que dicen que los obispos y padres no deberían meterse en estos asuntos de tierras y de injusticia . . ., que sólo saben cuidar de los espíritus”; el presidente del CELAM ha expresado su inquietud porque los sacerdotes “que trabajan contra la injusticia son tachados de subversivos y revolucionarios” en algunos países de América Latina. Al denunciar las tropelías del régimen de Stroessner contra las comunidades campesinas y juveniles inspiradas por la Iglesia, los obispos del Paraguay señalaron: “Las autoridades, y sobre todo los privilegiados, se alarman cuando surge la protesta. A los rebeldes les llaman ‘elementos subversivos’, ‘agitadores’, ‘comunistas’, ‘criminales peligrosos’ . . .”.

Obispos, sacerdotes y laicos de distintos países latinoamericanos, reunidos en Ecuador hace dos años para analizar el compromiso de la Iglesia con las

demandas del pueblo, fueron encarcelados y expulsados por las autoridades de dicho país acusados de “complot comunista” . . .

Jefes militares de Brasil han amenazado a los eclesiásticos que participen junto con los obreros, campesinos o estudiantes en las manifestaciones contra la dictadura, que “en la hora de la represión será difícil distinguirlos . . .”. Y efectivamente, sacerdotes y obispos, monjas y laicos, de Brasil y de numerosos países de América Latina, han sido y son víctimas, como los comunistas y otros luchadores por la democracia y el progreso social, de toda suerte de persecuciones y de cárceles, de torturas y de crímenes . . .

La propia experiencia ha venido mostrando a los cristianos del pueblo que no es el marxismo, el socialismo, como se le ha venido repitiendo durante décadas, quien niega sus valores, aplasta sus esperanzas, reprime sus actividades. El marxismo, ha reconocido hace poco el cardenal Lorscheider, presidente del CELAM “no es culpable de las estructuras políticas que predominan en el subcontinente”. Los obispos peruanos han afirmado, frente a la campaña maliciosa que llama “ateo y totalitario” a todo estado que brega por la justicia social, que “la característica fundamental del estado totalitario no es el ateísmo sino la violación de los derechos del hombre en general”. Cristianos y marxistas han venido participando en numerosos nucleamientos unitarios políticos, sociales, sindicales y culturales en los últimos años; juntos afrontaron huelgas y represiones, éxitos y retrocesos, frente al mismo enemigo y en pos de idénticos objetivos compartidos.

En una reunión de más de 400 sacerdotes latinoamericanos efectuada en Chile poco antes del pinochetazo, se denunció que es “el imperialismo quien busca desunir al pueblo oponiendo a cristianos y marxistas, con la intención de paralizar el proceso revolucionario de América Latina”.

Hoy resulta difícil seguir dividiendo falazmente a la sociedad entre cristianos (por definición, buenos) y ateos (como enemigos de la moral, la religión, los derechos del hombre). La línea divisoria pasa por otro lado, y hay cristianos y no creyentes de uno y otro lados de la barricada de clases.

Los propios obispos de Brasil dicen ahora: “Reconocemos que, incluso fuera de las iglesias, puede haber y hay muchos que están al servicio del mal . . . y que, incluso fuera de las iglesias, puede haber y hay personas que están luchando del lado de Cristo sin ser conscientes de ello . . .”. Difícilmente un sacerdote o creyente honrado pueda aceptar que el Plan Económico de Martínez de Hoz, miembro dirigente de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, sea una expresión del evangelio, o que Chile, Brasil o Paraguay representen, como se autotitulan, “Estados católicos” . . . Y, por el contrario, resulta por ejemplo cada vez más frecuente escuchar de clérigos, de laicos y aun de obispos palabras de reconocimiento frente a las realizaciones humanistas de Cuba socialista.

Mons. Méndez Arceo, obispo mexicano, ha declarado que “es necesario que se conozca la caridad de Cuba y se tome conciencia de la profundidad de su mensaje”, afirmando que lo hecho por Cuba en bien de su pueblo demuestra “que la única salida para nuestros países es el socialismo adecuado”.

La vida enseña, los hechos son más tozudos y esclarecedores que todas las cruzadas del odio, la difamación y de la intolerancia largamente desatados sobre nuestros países, y difícilmente pueda subsistir por mucho tiempo la

calumnia, sobre las presuntas persecuciones religiosas en Cuba (o en el socialismo, en general). El cardenal africano Bernardin Gantin, a cargo de la Comisión de Justicia y Paz del Vaticano ha estado recientemente en Cuba, y tras largas entrevistas con las jerarquías y los católicos de la isla dijo que había notado en ellos “su firme determinación de ser en su patria, con una total lealtad, los servidores de su país, tanto como los demás que no comparten la misma fe cristiana” en la común tarea de “edificar una sociedad pacífica, desarrollada y provechosa para todos. . .”.

Así, pues, documentos, declaraciones, actitudes concretas, de las que sólo podemos dar una escasa muestra, brotan como verdes y agresivos retoños de un catolicismo cada vez más comprometido e inquieto, y por lo tanto inquietante para cuantos se habían habituado a contar con la Iglesia como un simple sostén espiritual y social de sus privilegios de clase. Por eso la revista norteamericana *Visión* se mostraba escandalizada hace unos años por los conflictos y las agitaciones en una iglesia donde “se habla de todo, y principalmente de Marx, EE.UU., los negros y Vietnam, pero poco, muy poco, de Dios . . .”.

¿Exagerado? Tal vez, pero vale la pena, para comprender la hondura y las causas de este proceso de crisis y de cambio recordar cómo era y cómo actuaba la Iglesia latinoamericana hasta hace relativamente pocos años.

El catolicismo llegó a tierras americanas con los conquistadores españoles hace cuatro siglos. Fue la vanguardia espiritual, el instrumento ideológico de la colonización impuesta por los señores feudales y la Corona a la población indígena. Los falsificadores de la historia pregonan acerca de la “misión civilizadora” del feudalismo español en nuestras tierras, de la “sociedad cristiana” levantada por sus misioneros con dulzura ejemplar.

La realidad fue muy distinta. Se trata de una historia de explotación desenfundada y sangrienta, realizada por una clase históricamente condenada a desaparecer, que trataba de encontrar nuevas energías mediante el saqueo indiscriminado del oro, la plata y las riquezas del continente con base a la más bárbara explotación de las masas indígenas. La civilización “cristiana” de los conquistadores aplastó a sangre y fuego las nuevas tierras y sus habitantes, y despobló, como con una inmensa guadaña, extensos territorios haciendo que la vida útil de trabajo del indio nativo y del negro traído a la fuerza, convertidos en esclavos, no fuera más allá de los siete años. La conquista cortó a filo de espada la evolución de las sociedades indígenas, algunas de brillante trayectoria, aniquiló brutalmente las formas de vida propias del vencido, cortando en redondo todo ulterior desenvolvimiento económico y social propio.

Carlos Marx señaló que: “El descubrimiento de las regiones auríferas y argentíferas de América, la reducción de los indígenas a la esclavitud, su entierro en las minas o su exterminación, los comienzos de conquista y pillaje de las Indias Orientales, la transformación de Africa en una especie de depósito comercial para la caza de las pieles negras, tales son los procesos idílicos de la acumulación capitalista que señalan la era capitalista en su aurora.”

En todo este proceso, la Iglesia desempeñó un papel principal. Autorizó la crueldad de los colonizadores y los justificó teológicamente; impuso a los pueblos sojuzgados la religión de sus opresores; mediante la predicación de la

humildad y la obediencia, de la aceptación del poder colonial y de las penurias del trabajo esclavo como mandato divino, procuró mantener pasivos y resignados a los nativos, cuyos cultos tradicionales fue absorbiendo y reemplazándolos con sus propios santos, y cuyas rebeldías “heréticas” fue aplastando mediante los autos de fe y los procedimientos de la Inquisición . . .

En el **Requerimiento**, documento elaborado por los teólogos a encargo del rey de España en 1513, y que los conquistadores leían o presentaban como ultimátum a los indios, se explicaba de qué modo Dios y la Iglesia habían confiado a España el derecho de apoderarse de las tierras americanas, cómo los nativos debían reconocer al Papa y al rey y sus servidores como amos y soberanos de sus tierras, aceptar su dominio sin resistencia alguna, lo cual les traería muchos beneficios. Pero, agregaba el documento: “Si no lo hiciéreis, o en ella dilación maliciosamente pusiereis, certifícoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas las partes u manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandare, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su Señor y le resisten y contradicen; y protesto que las muertes y daños que de ella se recrecieren sea a vuestra culpa y no de Su Majestad, ni mía ni de estos caballeros que conmigo vinieron . . .”.

Uno de los misioneros, uno de los pocos que se sublevaron contra los bárbaros procedimientos de esclavización y genocidio de los indígenas, el padre Bartolomé de Las Casas (considerado hoy en día como un pionero de los derechos humanos) narra que cuando conoció el Requerimiento no sabía qué actitud tomar, si echarse a llorar o a reír . . . Hay que imaginarse lo que dirían los propios indígenas . . .

Cuenta un documento histórico que cuando el teólogo Fernández de Enciso, uno de los autores del escrito, lo explicaba a los nativos de Venezuela congregados por las armas españolas, éstos le respondieron que el Papa debía estar borracho cuando donó lo que no le pertenecía, y el rey evidentemente loco cuando aceptó semejante legado . . . Aunque, como es comprensible no siempre tuvieron los indígenas la posibilidad de opinar sobre un texto en un idioma desconocido, a veces sin intérprete, y en general bajo la mira de los arcabuces . . .

No es del caso hacer la historia de las querellas del P. Las Casas y algunos sacerdotes y laicos contra el ejército de conquistadores, teólogos y encomenderos que se beneficiaban de la esclavitud y la rapiña y la justificaban por los “pecados de idolatría y contra natura” de los indios y por el deber de evangelización que corresponde a los cristianos . . . Simplemente conviene recordar, cuando en la conferencia de Puebla va a discutirse la nueva evangelización del continente, cuáles fueron los métodos utilizados al comienzo y de dónde vienen las raíces del poder espiritual y material de la Iglesia, pero también de sus conflictos y desgarramientos a través de la historia.

La Iglesia católica se convirtió a lo largo de los años en la principal institución latifundista y acaparadora de riquezas terrenales, sostén del

feudalismo y la colonia, a la cual otorgó carácter sagrado e intocable; mediante la catequización, el monopolio de la enseñanza y la enorme influencia política así lograda, no hubo resquicio de la sociedad latinoamericana en formación donde no penetrara, convirtiéndose en una fuerza ideológica determinante en la vida social.

Las ideas emancipadoras de la revolución burguesa del siglo XIX afectaron profundamente el dominio clerical. La gesta de la independencia escindió a la Iglesia. La masa abrumadora de sus jerarquías y la mayor parte del sacerdocio defendieron el orden colonial, en tanto la Santa Sede condenaba a los patriotas como plaga inmundada y anticristiana. Cómplice del despotismo, la Iglesia se vio duramente perjudicada, perdió tierras y bienes inmensos, sus jerarquías se desorganizaron, su hegemonía cultural e ideológica se quebrantó, el clero se dividió antagónicamente.

Lo que guiaba a las masas, creyentes en su enorme mayoría, no eran las ideas religiosas sino las ideas de independencia y progreso social, y hubo, como ocurrió y sigue ocurriendo en todas las grandes conmociones históricas, eclesiásticos en ambas trincheras, levantando, a veces en nombre de la misma fe, banderas enfrentadas. Lejos de ser un todo monolítico, brotaron de la aparentemente anquilosada estructura católica continuadores esclarecidos y valientes del P. Bartolomé de Las Casas, que se sintieron llamados a participar activamente en las luchas sangrientas por la libertad y la justicia al lado de sus pueblos.

En Colombia cerca de 400 sacerdotes participaron, como Fray Ignacio Mariño, capellán del ejército bolivariano, en las filas patriotas; los curas Hidalgo y Morelos, padres de la independencia mexicana, fueron excomulgados y perseguidos por sus propias jerarquías y sacrificados al odio poco cristiano de sus verdugos; Camilo Henríquez, Medina, Martín Delgado, fray Luis Beltrán, Gorriti, los franciscanos expulsados del Uruguay por apoyar a Artigas, cientos de sacerdotes inspirados en las nuevas ideas tuvieron que enfrentar el dilema de la obediencia a las normas feudales de la Iglesia o de servir a la causa de la emancipación, y optaron por sus pueblos y por el porvenir. En ellos nace la tradición humanista, revolucionaria, unitaria y progresista que ha venido siendo recogida por las mejores corrientes cristianas de nuestros días.

Pero entretanto, al margen de esos grupos en general aislados y muchas veces obligados a someterse o dejar la Iglesia, ésta procuró adaptarse a los cambios políticos en el continente, establecer vínculos fructíferos con la triunfante oligarquía agraria y comercial, nutriendo ideológicamente la restauración conservadora de comienzos de este siglo y tratando de recuperarse de la postración y el desprestigio anudando comunes intereses con los círculos dirigentes de una burguesía otrora anticlerical que, sometida al creciente embate de las luchas obreras, descubría las bondades de una religión que convoca a las masas al orden y la resignación.

Esta postura fue particularmente clara tras el triunfo de la Revolución de Octubre y la ola revolucionaria mundial, que dejó profundas huellas en América Latina; desde entonces el anticomunismo comenzó a desempeñar un papel esencial en la prédica clerical y fue prenda de su entendimiento con los sectores más reaccionarios de la sociedad.

Puesto que las asambleas de los obispos latinoamericanos (como la de

Medellín hace 10 años y la de Puebla el mes que viene) discuten y reflejan las más graves preocupaciones de la Iglesia continental, puede ser interesante recordar brevemente sus principales hitos para mostrar el carácter de las mismas.

La primera, en 1899, se reunió en Roma, con el fin de reforzar la deteriorada unidad católica en América Latina, y detener el avance de enemigos tan heterogéneos como el paganismo y el socialismo, la masonería y la prensa . . . Según el jesuita Juan L. Segundo, dicho concilio, efectuado incluso lejos de estas tierras, se colocó de espaldas a nuestra historia, “abriendo, dice, un foso entre el episcopado y la realidad pastoral del continente.” El jesuita agrega irónicamente, que “60 años después, la situación ha variado poco . . .”.

La primera conferencia episcopal realizada en territorio latinoamericano se efectuó en 1955 en Río de Janeiro y dio nacimiento al CELAM, que coordina la labor de las iglesias del subcontinente. Según las directivas del entonces papa Pío XII, la Iglesia debía superar la gran escasez de vocaciones sacerdotales y encontrar nuevos métodos para hacer frente a “nuestros enemigos”, en especial el laicismo y el comunismo.

A partir de entonces, el CELAM se reunió anualmente y cada una de sus asambleas reflejó las inquietudes de las jerarquías ante el auge que iban tomando las luchas populares en América Latina y las crisis y diferenciaciones que provocaban en el propio seno de la Iglesia. Particularmente tras la Revolución Cubana y la marea ascendente de las acciones antiimperialistas de las masas, se fue haciendo más patente su preocupación por los problemas sociales.

Algo parecido había ocurrido a partir de 1918, cuando un sector eclesiástico procuró adaptarse a la nueva situación provocada por la crisis capitalista mundial y el nacimiento del socialismo enarbolando la doctrina social de la Iglesia que critica los “abusos” del capitalismo pero defiende sus bases, creando partidos y sindicatos socialcristianos para apartar a los trabajadores del movimiento revolucionario llevándolos al redil del reformismo y la colaboración de clases, pero semejante tentativa se vio finalmente frustrada porque la mayoría de la cúspide clerical desconfiaba del reformismo, así fuera cristiano y prefería los métodos “más seguros” del corporativismo de tipo fascista y barniz católico, como los de Salazar en Portugal o Franco en España.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial estos métodos y doctrinas estaban desprestigiados y eran contraproducentes, y no se podía dejar de tomar en cuenta los sentimientos democráticos que agitaban a las propias masas católicas. Pero en su esencia, la preocupación social de la Iglesia estaba, en aquel entonces, dominada por el anticomunismo, el miedo a los cambios de fondo, la complicidad con las clases dominantes.

La IV reunión del CELAM, en 1959, se dedicó enteramente a señalar “los engaños del comunismo”, su incompatibilidad con el cristianismo y a aconsejar a los ricos utilizar la doctrina moral de la Iglesia “con valentía y urgencia” para disipar los peligros revolucionarios.

En el Congreso Mariano Interamericano efectuado en Buenos Aires en 1960, el cardenal Caggiano sostuvo que “mientras en Europa han sido las armas las que han puesto la barrera al comunismo, en América son las

fuerzas espirituales las que deben utilizarse . . .”.

Así como otrora los sectores más retrógrados de la Iglesia se habían vinculado a la Santa Alianza o a la Cruzada fascista internacional, los episcopados de América Latina, engeguados por el anticomunismo y confiando lograr a cambio importantes posiciones, respaldaron anánimemente la Alianza para el Progreso del imperialismo norteamericano, apoyaron la penetración de sus monopolios, sus planes de “defensa continental”, los golpes de estado reaccionarios promovidos por sus agentes.

Un periódico de la curia argentina llegó a decir sin falsos pudores teológicos que “La Providencia ha dispuesto que el bastión y la punta de lanza de la Cristiandad sea hoy día no la católica España sino la semiprotestante y capitalista Norteamérica . . .”.

Como parte del inmenso esfuerzo por detener el proceso antiimperialista que conmovía el continente, y siendo incapaz con sus solas fuerzas de cumplir con tamaña tarea, la Iglesia latinoamericana recabó y obtuvo la “ayuda” del catolicismo estadounidense, dirigido por reaccionarios como Mons. Spellman, que había logrado del Vaticano se desplegara una “campana urgente” para formar personal especializado a ser enviado, según reclamaban, a “aquellas zonas donde los comunistas se han asentado.”

A la par, el cardenal yanqui Cushing demandó el reclutamiento para mandar a nuestros países unos “cien mil sacerdotes más, si es que se ha de tener éxito en la lucha contra el comunismo . . .”. La Iglesia latinoamericana creó numerosos organismos de trabajo pastoral, educativo, de asistencia social y de promoción de la comunidad, es decir, de labor entre las masas, con la colaboración directa en dinero y en personal, de entidades católicas de EE. UU. y Europa.

No se puede decir que todo ello no diera algún resultado. Pero en lo esencial, los intentos de ahogar los ímpetus renovadores en el laicado y el clero católicos, y agrupar a las masas creyentes tras los estandartes religiosos contra el comunismo no tuvieron éxito.

Extensos sectores cristianos supieron desentrañar los auténticos móviles de tal campana anticubana y de exasperada defensa de la propiedad privada monopolista y terrateniente. Importantes núcleos de trabajadores, campesinos, estudiantes y profesionales católicos y aquellos sacerdotes y obispos más sensibles a los reclamos del pueblo, se mostraron solidarios con las luchas de las masas, provocando la irritación de las jerarquías derechistas que comenzaron a tomar medidas disciplinarias contra los “rebeldes”; pero éstos a diferencia de lo que ocurría un siglo atrás, ya no constituían casos aislados y fácilmente reprimibles, sino corrientes densas que iban abarcando todas las esferas de la vida eclesial ganando la simpatía de los feligreses y las masas.

En un estremecedor informe sobre la Iglesia en América Latina en vísperas del Concilio Vaticano II, aparecido en *Look* en 1962, se dice que “La Iglesia católica de América Latina está en peligro”, no por el comunismo, sino por sus fallas, por su complicidad con el mundo de los ricos y poderosos, y su pasividad ante la suerte de los humildes, por las contradicciones entre sus llamados a la salvación individual y egoísta y la necesidad colectiva, entre sus prédicas de pobreza y su vida de boato. “La gente ve aquí, en América Latina —decía el informe— que la Iglesia católica ha estado por cuatro siglos y que no ha sido capaz de darle una vida que la pueda satisfacer.”

Un experto latinoamericano por entonces dijo en el Concilio: “Nuestros católicos son hombres excepcionalmente devotos: comulgan diariamente, se entregan a sublimes meditaciones y practican una vida ejemplar, pero les son ajenos e indiferentes los asuntos del mundo circundante. Por ello, el desarrollo de América Latina transcurre sin la participación de la Iglesia” . . . En un informe sobre los problemas del apostolado en Brasil, que puede extenderse a toda América Latina, se describía por esos años el tipo de religiosidad difundida por la Iglesia entre la gente del pueblo: “El pueblo sufre, sufre desde hace siglos en silencio, y no sólo en silencio, sino en paz. Porque posee en él su religión, que es, ante todo, una religión de sufrimiento . . .”.

Pero la cuestión era que ya nadie quería resignarse a sufrir eternamente y a esperar su recompensa en el más allá. Las masas, impulsadas por las revoluciones sociales y la revolución científica y técnica moderna, comprenden que se puede lograr el bienestar en este valle terrenal que por demasiado tiempo ha sido sólo de lágrimas para quienes lo trabajan con su sudor y su sacrificio. Los grandes progresos culturales y políticos que conmueven al mundo han trastocado las formas tradicionales de vida católica.

No se trata tan sólo de un entibiamiento de la fe de las masas (y en un informe reciente el CELAM ha señalado “el fenómeno incipiente, pero impresionante de la no creencia en América Latina”) de la escasez de vocaciones, del abandono de los hábitos, de la crisis y las dificultades de las organizaciones y métodos habituales de acción católica. También se manifiesta una creciente fisura entre las viejas generaciones del clero —viejas por edad y mentalidad— que procuran rescatar a la Iglesia del pecaminoso camino de adaptación al proceso histórico, que la llevan como dicen los colegas de Mons. Lefebvre, a la complicidad con el comunismo, y las nuevas generaciones laicas y sacerdotales que respiran con naturalidad y con creciente gusto los aires renovadores de nuestra época.

El Concilio Vaticano II, que tomó muy en cuenta la experiencia de la Iglesia latinoamericana en su búsqueda de nuevos caminos para la actividad social católica, con mayor autonomía respecto de sus viejos y desacreditados vínculos con el “Occidente cristiano”, y más adelante Paulo VI, recomendaron a las jerarquías de nuestros países obrar con mayor flexibilidad e independencia, dando testimonio de su solidaridad, decía el Papa, con las profundas reformas de estructura y profundos cambios en la sociedad si es que la Iglesia quiere desempeñar algún papel en el futuro del continente. Al recibir a los prelados latinoamericanos al final del Concilio, les insistió: “Lo peor que le puede pasar a la Iglesia en América Latina es no hacer nada”.

La Asamblea Extraordinaria del CELAM reunida en Mar del Plata en 1966 debía precisamente definir la presencia activa de la iglesia en el desarrollo y la integración latinoamericanos. Pero aun cuando se escucharon algunas voces de denuncia de las penurias que afectaban a los pueblos y cierto intento de actualización doctrinal por parte de algunos expertos y prelados, el CELAM sólo procuraba el espaldarazo a la política reformista cristiana que encarnaban entonces los PDC en Chile o Venezuela, los cuales, alentados por un sector del imperialismo norteamericano, querían ofrecer una “alternativa cristiana” a la revolución cubana. En lugar de poner de relieve las causas

estructurales del atraso y la dependencia en América Latina, se centraba toda la atención en el desarrollo, entendido éste como una superación, a través de “reformas urgentes pero ordenadas”, dirigidas con prudencia por las élites católicas latinoamericanas con la ayuda de las grandes potencias “cristianas”, de la situación de marginalidad de las masas y de las naciones, a fin de llevarlas a la adultez, es decir, al desarrollo logrado por las naciones más adelantadas de Occidente.

En un coloquio organizado en la Universidad Jesuita de Notre Dame, en EE. UU., financiado por la Fundación Rockefeller, en el cual participaron Frei y otros líderes socialcristianos y eclesiásticos de América Latina, se había dicho que “daba la creciente marca en favor de profundos cambios sociales en Latinoamérica”, donde “la desilusión de las masas puede inducirlos a atender la promesa que les hace el comunismo ateo”, era indispensable organizar una “revolución democrática y cristiana” en oposición a la de Cuba.

A diferencia de los comunistas, sostuvo el coloquio rockefelleriano, “los reformistas cristianos conservan por lo menos un lugar a la propiedad y a la empresa privadas”. El apoyo teórico al reformismo cristiano fue acompañado por el respaldo financiero, diplomático y político de los monopolios y los servicios especiales del imperialismo norteamericano, permitiendo a Frei llegar al poder en Chile.

La “revolución en libertad” bien pronto demostró su incapacidad y sus limitaciones para cambiar la suerte del pueblo y asegurar sus reivindicaciones elementales. El cristianismo fue utilizado para legitimar los grandes negocios del imperialismo y el enriquecimiento de ciertos sectores de la gran burguesía asociada a los monopolios. El reformismo se desacreditó entre las masas populares y se mostró igualmente incapaz de justificar las expectativas de la derecha, ya que no pudo contener las aspiraciones de la propia base DC, de sus dirigentes más combativos, de los sectores creyentes en general, que exigían cambios efectivos, una reforma agraria integral, el fin de la dependencia y la superación del sistema capitalista, plagado de inmoralidades.

Después de varios años de ofensiva anticomunista, de proyectos de desarrollo y reformas superficiales, de ayuda eclesiástica, financiera o ideológica del extranjero, constataba hace poco Mons. Proaño: “Todo continúa igual o peor, y América Latina se encuentra ahora en dependencia no sólo económica, sino también cultural, política y religiosa . . .”.

¿Qué conclusiones podían extraer de todo ello los sectores más conscientes, populares y activos del catolicismo latinoamericano? ¿Es que fatalmente, por culpa de un destino aciago o de la inescrutable voluntad divina, han de continuar la expoliación y la vida lacerada de pueblos que arrastran un castigo de siglos y que no divisan respiro a sus sufrimientos, ni alegría en su porvenir? ¿Es qué Dios debe estar siempre del lado del “orden establecido” y nunca del lado del progreso histórico? ¿Es que su Iglesia debe sacralizar las opresiones y convivir con la injusticia en lugar de bendecir el grito evangélico de rebeldía de los oprimidos y de acompañarlos en su lucha por la justicia y la libertad? Estas y otras muchas fueron las preguntas, las angustias y las exigencias que comenzaron bien pronto a cobrar ímpetu en el seno del catolicismo, a tenor de las grandes acciones de la clase obrera y de

las masas populares en toda América Latina, del avance de las experiencias de grupos y partidos cristianos e incluso sacerdotales que se iban incorporando a frentes y movimientos políticos y de masas unitarios, junto a los comunistas y otras fuerzas de izquierda por doquier, acentuando un proceso de diferenciación ideológica y social que conmovía a la Iglesia en vísperas de la conferencia de Medellín, en 1968.

Por entonces el cardenal chileno Silva Henríquez condenaba al capitalismo como “causa de sufrimientos, injusticias y guerras fratricidas”, y comenzaba a tomar cuerpo la Unidad Popular, con la incorporación o el apoyo de decenas de sacerdotes, de obispos y de grupos provenientes de la DC. Por entonces resonaban todavía las palabras y ardían en la conciencia de los cristianos los ejemplos de sacerdotes como el colombiano Camilo Torres, uno de los primeros clérigos que rompió con el anticomunismo y que llamó a los verdaderos revolucionarios y a los cristianos fieles al mandato evangélico del amor al prójimo a unirse y trabajar junto con los comunistas por la conquista del poder por el pueblo, la democracia y el socialismo.

Por entonces surgían por todas partes movimientos sacerdotales “rebeldes” como la Iglesia Joven de Chile, el MSTM en la Argentina, el grupo Golcond en Colombia, el ONIS en Perú, el Movimiento Populorum Progressio en Panamá y otros, que procuraban reflejar las ansias renovadoras desatadas por el reciente Concilio Vaticano, que con tantas dificultades chocaba en América Latina por culpa de jerarquías y estructuras anquilosadas y antipopulares.

También se apreciaban los efluvios de semejante “aggiornamento” entre los sindicalistas cristianos, en departamentos del CELAM, en las universidades católicas, en el surgimiento de nuevas comunidades de base que reemplazaban las antiguas formas de acción católica verticales y carentes de vínculos con las masas. Antes de la reunión en Medellín, se conoció el **Manifiesto de los obispos del Tercer Mundo**, entre ellos varios de América Latina, que criticaba duramente el presente sistema económicosocial y se manifestaba en favor del socialismo, manifiesto apoyado por alrededor de 800 sacerdotes latinoamericanos; se hizo público el enérgico mensaje de varios cientos de curas brasileños reclamando a sus jerarquías que dieran fin a “su pasividad frente a la repugnante dictadura de Costa e Silva” y apoyaran reformas radicales en el país; el Movimiento Latinoamericano del Apostolado Laico puntualizaba la necesidad para el catolicismo y los pueblos del continente de “buscar soluciones fuera del marco ideológico capitalista . . .”, y así por el estilo.

En vísperas mismas de Medellín, 1000 sacerdotes de toda Latinoamérica se dirigieron a sus obispos para recordarles que la causa de las penurias populares radica “en el sistema político, económico y social imperante” y que los cristianos deben ser solidarios con las luchas de liberación de los pueblos y la instauración de una sociedad más justa y fraternal. El mismo documento del CELAM preparatorio de la asamblea afirmaba que ante la dramática situación de nuestros países “los cristianos no pueden estar ausentes ni ser neutrales.” Este documento fue muy criticado por obispos y sectores conservadores, temerosos de que Medellín, pese a la presencia inaugural del Papa, fuera demasiado lejos.

En Colombia, Paulo VI comprometió a la Iglesia Latinoamericana a

denunciar “las injustas desigualdades económicas entre pobres y ricos”, pero al mismo tiempo exhortaba a los pobres a no confiar en la violencia ni en la revolución y preocuparse ante todo por la salvación de sus almas y a los ricos “a colocarse al servicio de quienes tienen necesidad de vuestra riqueza, de vuestra cultura, de vuestra autoridad . . .”

En tales planteamientos estaba implícita la contradicción que dividía al catolicismo: sensibilidad en el diagnóstico, pero impotencia y temor en el remedio propuesto. Y aun cuando la protesta y el reclamo bullían en el seno de las iglesias latinoamericanas y determinaron finalmente la aprobación de algunos documentos y puntos de acción comprometidos y progresistas, los retaceos ideológicos y prácticos de los sectores derechistas del episcopado y del clero impusieron su sello en otros y especialmente en la actividad concreta del movimiento eclesiástico.

Así, mientras el documento sobre la paz denuncia el “neocolonialismo interno” y la dependencia respecto del “imperialismo internacional del dinero”, exige “transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras”, sostiene “la organización de los sectores populares” y su derecho a la violencia si se les impide la realización de los cambios necesarios que pongan fin a la “violencia institucionalizada.”

El documento sobre la justicia concede el papel dirigente a los “empresarios y autoridades políticas”, y el de la Pastoral de Elites, apelando a las “minorías comprometidas” como “agentes principales del cambio”, afirma que a la Iglesia le compete la tarea de formar dichas élites, es decir, de convertirse en guía y mentora del desarrollo de América Latina, no por nada y según sus teólogos, un “continente católico”, la “mayor reserva de espiritualidad del planeta”.

De este modo, entre el martillo renovador y el yunque reaccionario, Medellín no podía conformar a nadie, no pudo cohesionar las corrientes existentes en la Iglesia y sólo alcanzó a expresar, con mayor hondura que nunca, la crisis en su seno. Resumiendo la conferencia, el diario *La Nación* (5-IX-68) decía: “Algunos obispos estiman que se va peligrosamente lejos, pero prelados progresistas declararon que la política reformista de la Iglesia latinoamericana se produce muy tarde y con excesiva timidez.”

En definitiva, luego de la gran esperanza y del debate multitudinario, cierta frustración, especialmente debido a la innegable habilidad de aquellos sectores, dueños de buena parte del poder eclesiástico, que fueron interpretando a su medida, es decir, esterilizando y dejando de lado las mejores recomendaciones de Medellín. Quienes las tomaron en serio se vieron muy pronto enfrentados no sólo a los regímenes represivos de sus países, sino al autoritarismo retrógrado de jerarquías y grupos dirigentes católicos, que procuraron sofocar los peligrosos movimientos del clero y del laicado que reclamaban la vigencia de los compromisos asumidos.

Mons. Helder Camara señalaba hace poco que “cuando se trató de llevar las conclusiones de Medellín a la práctica por los hombres de la Iglesia y de denuncia de la realidad concreta se los acusa de subversivos, comunistas o que son marxistas infiltrados en la Iglesia”.

Los laicos, sacerdotes y obispos y las mismas entidades populares que habían saludado con júbilo los avances logrados en Medellín y esperaban que la Iglesia se desligara de los poderosos y opresores y se pusiera del lado de las

masas trabajadoras vieron poco a poco cómo su alegría, según explicaba Mons. Proaño, “se ha ido convirtiendo en tristeza, las expectativas en desilusiones, el apoyo de la jerarquía muchas veces en silencio y no pocas veces en freno.”

Se permitía, claro está, que los curas y organizaciones católicas trataran a los enfermos, alimentaran a los hambrientos y ayudaran a los desocupados, pero no se permitía preguntar por qué había tantos enfermos y tantos hambrientos, por qué crecían la desocupación y la miseria. Por cierto que el cristianismo debe preocuparse por la injusticia que azota a la sociedad, pero ante todo por el comunismo y el ateísmo, que afecta lo más importante: el alma.

En lugar de una teología en favor de la liberación, como reclamaba Medellín, hubo numerosos obispos que, atemorizados por el impulso que cobraban las corrientes progresistas de la Iglesia, defendieron una teología de la represión. El cardenal Araujo Sales, del Brasil, opinaba ante los jefes policiales de la dictadura que “En el mundo de hoy es necesaria la represión por una autoridad como consecuencia del pecado”, y el cardenal Caggiano les decía a los jefes golpistas de 1966: “La represión no es una mala palabra”.

La principal preocupación de algunos episcopados fue descubrir las “infiltraciones marxistas” en la Iglesia. A la par, prelados igualmente retrógrados pero más habilidosos, trataban de utilizar la efervescencia cristiana para fortalecer el papel ideológico dirigente de la Iglesia apartando al mismo tiempo a sus sectores avanzados de la colaboración con los movimientos combativos y unitarios de las masas. En tal sentido, se hacían intérpretes de los consejos dados a la Iglesia de América Latina por los famosos Informes de Rockefeller y el de la Rand Corporation, ambos de 1969, quienes luego de analizar a fondo la situación del continente recomendaron a la Iglesia desempeñar el papel de fuerza rectora en los cambios prudentes que necesita la sociedad sin permitir el impacto divisorio de la polarización política de los cristianos y el debilitamiento de la institución como barrera al comunismo.

Agreguemos que además de los consejos, el imperialismo yanqui ha tomado recaudos más concretos. El episcopado boliviano denunció no hace mucho de qué modo la CIA procuraba penetrar en las filas de la Iglesia para dividirla y desacreditar a sus representantes de izquierda. En la revista *Pueblo*, de Costa Rica, se publicó un estudio titulado “La CIA entra en la Iglesia, pero no para orar”, con datos sobre los métodos utilizados para descomponer a las corrientes progresistas y apoyar los elementos de derecha.

El diario *El Bogotano* ha denunciado recientemente que la CIA, actuando en algunos lados por medio de la Rand Corporation, procura infiltrar sus agentes en organizaciones religiosas progresistas para escindirlas y eliminarlas.

En la propia Cámara de Representantes Norteamericana el congresista Curtis Graves denunció la acción de espías y provocadores militares que trabajan en las iglesias latinoamericanas.

No hace mucho los dirigentes de distintas organizaciones de misioneros protestantes y católicos de EE. UU. en nuestro hemisferio han denunciado el infame papel provocador desempeñado por la CIA en la desestabilización de los gobiernos latinoamericanos, tarea para la cual, sostienen, “la CIA ha

utilizado misioneros, convirtiendo a algunos de ellos en sus agentes". Al calificar de "inmoral" esa política y de "métodos gangsteriles" los procedimientos utilizados, los misioneros dicen que es necesario hacer conocer públicamente esos "trucos para que no seamos más los tontos útiles" del imperialismo.

Las denuncias no se reducen sólo a ello: de diferentes fuentes cristianas se escucha el clamor contra las salvajes represiones orquestadas por el imperialismo que en escala sin precedentes se han desatado, a la par que contra las fuerzas de izquierda, contra los sectores democráticos de las iglesias en Chile y Brasil, Argentina y Paraguay, Uruguay y Nicaragua, y en otros países donde se han vuelto habituales el asesinato, el arresto, las torturas, las persecuciones a sacerdotes y laicos, las violaciones de monjas, la disolución violenta de manifestaciones y actos religiosos.

La envergadura de la represión, de la calumnia, de las maniobras diversionistas, demuestra en todo caso la hondura de un proceso de radicalización cristiana que, más allá de sus dificultades internas y exteriores y de las limitaciones ideológicas que aun lo traban, no ha dejado de crecer y de extenderse por todas partes, reflejando a su manera la crisis social, económica y política de nuestro continente.

Algunos años después de Medellín, la revista católica *Concilium* reconocía que todo, en la Iglesia y en la sociedad, "se ha radicalizado antagónicamente". "La liberación —planteada en Medellín, se dice allí— ha dejado de ser un tema de polémica especulativa y ha empezado a tomar rostro **muy concreto** en cada situación, lo cual coloca a la Iglesia ante el desafío insoslayable de una toma de postura concreta y efectiva."

En el Encuentro Internacional de Obispos de América Latina efectuado en Bogotá a fines de 1977, se afirma que "la situación de pecado que como obispos señalábamos en Medellín, sigue persistiendo sin grandes cambios, si es que no se ha empeorado más todavía." A todas las violaciones de los derechos sociales, económicos y políticos denunciados entonces, hay que agregar ahora las de derechos humanos fundamentales, la tortura, el secuestro y el asesinato.

Lo que en Medellín aparecía como una denuncia evangélica de las penurias populares y un llamamiento a la presencia cristiana para contribuir a darles fin, se muestra insuficiente; ya no se trata del hambre y la mortalidad infantil, sino también de la injusticia y de quienes la producen. Es indispensable conocer las causas estructurales de la injusticia y de quienes se benefician con ella, por qué los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, y para ello hay que recurrir al instrumental de las ciencias sociales; no basta una fe escandalizada y clamorosa, pero en definitiva aislada e impotente, sino el compromiso solidario de cuantos son víctimas de la opresión y luchan por la justicia.

La Iglesia no puede seguir eterna e impunemente atada a los privilegios de unas clases ricas, soberbias y desdeñosas de las masas que se levantan en todos los países por sus derechos pisoteados. En un documento pastoral presentado en Medellín se decía que "En el seno de la Iglesia se reproduce una polarización muy semejante a la que puede observarse en el orden político-social" y que "esta polarización explica en parte las tensiones de la Iglesia en América Latina: la contradicción entre la afirmación de una Iglesia

‘pobre’, al servicio de los hombres, y la realidad que la muestra institucionalmente ‘rica’ y aliada con las minorías dominantes.”

Mons. Proaño explicaría que las dificultades que sufre la Iglesia en su labor entre las masas no pueden reducirse sencillamente al lenguaje o a los métodos de pastoral: “el hombre del pueblo no entiende gran cosa el lenguaje que le habla el sacerdote, quizás porque el sacerdote tampoco entiende su lenguaje, y no lo entiende porque lo haya olvidado en el seminario, porque ya sacerdote ha traicionado a su clase y ha ingresado en la casta de los privilegiados. En cambio entiende muy bien el lenguaje del marxista, del líder obrero o campesino, del revolucionario.”

Las experiencias de los últimos años, el triunfo de la Unidad Popular en Chile, los avances de unidad de cristianos y marxistas en Uruguay, Argentina, Perú, Ecuador, Brasil y otros países, el común enfrentamiento a los regímenes fascistas y a las persecuciones reaccionarias, la creación de un terreno de colaboración en la lucha por los derechos humanos, la justicia social, el progreso de los pueblos, han incidido profundamente en la conciencia y la acción de vastos sectores cristianos, desde la base a la cúspide.

Marx decía que “el mundo religioso no es más que el reflejo específico del mundo real”, y éste, ya no es el mismo de ayer, ni la Iglesia puede quedar impermeable a las tempestades sociales de nuestra época si es que pretende conservar influencia entre las masas. Las antiguas complicidades con la reacción, la participación abierta en las sucesivas cruzadas anticomunistas, la conversión de la Iglesia en baluarte espiritual del dominio oligárquico e imperialista han llevado a la institución eclesial a un callejón sin salida, alejándola de los creyentes del pueblo, que por su parte han ido avanzando en su experiencia de lucha, excediendo el marco simplemente pasivo y reformista en que se los ha querido encerrar, y buscando convertirse también en protagonistas activos de la historia.

El propio contenido de la fe se ha ido modificando, abriendo paso a la poderosa corriente de amor al prójimo y de rebeldía ante la esclavitud y la injusticia que incorporaron al cristianismo las clases explotadas que le dieron vida, repudiando la utilización de la religión por los reaccionarios para justificar su dominio, y si antes el culto de Dios parecía ajeno a toda preocupación terrena, ahora, cuando las grandes realizaciones del socialismo y las luchas de liberación estimulan el progreso histórico, cuando los propios cristianos cuestionan el capitalismo y ansían cambios progresistas en este mundo, éstos no conciben servir a Dios sin servir al mismo tiempo las necesidades y aspiraciones de los hombres, de su prójimo.

En los últimos años, particularmente después del Concilio y de las experiencias vividas en nuestro continente, muchas cosas han ido cambiando entre los creyentes en el plano moral. Acreció la convicción de que es inadmisibles para un verdadero cristiano resignarse con la pobreza, la desigualdad de derechos, la expoliación social, el colonialismo y la guerra.

El Concilio y numerosos documentos han dicho en gran medida lo que la propia realidad les ha venido mostrando: que todos los hombres del pueblo habitan un mismo mundo, sufren iguales problemas y deben colaborar en su solución y en la edificación de nuevas relaciones humanas. También la vida les ha enseñado, y en carne propia, que las “iglesias perseguidas”, las “iglesias del silencio” no son las de Cuba o de los países socialistas, sino las de

nuestros países que apenas adoptan posturas democráticas. El P. Arrupe, superior de los jesuitas, acaba de decir que las iglesias sufren persecuciones en América Latina y otras partes, no por culpa de regímenes ateos, “sino de gobiernos que blasonan de cristianos y católicos . . .”.

En este proceso ideológico, muchos cristianos han avanzado hasta comprender que la lucha de clases en el capitalismo no es un ideal marxista sino una realidad histórica, que recorre todas las esferas de la vida social. El P. Girardi, quien fuera dirigente de la secretaría de No Creyentes del Vaticano, decía: “El problema que se plantea a muchos es el de saber si la Iglesia misma no tiene que hacer una elección de clase. Si es la Iglesia de los pobres, cosa que fue muy discutida en el Concilio, ¿cómo puede serlo sin elegir su clase? . . .”.

A poco de Medellín, y al calor de las experiencias de Cuba, de Chile y de otros países, comenzó a cobrar vigor entre numerosos sacerdotes y algunos obispos latinoamericanos una tendencia creciente aunque a veces limitada por enfoques erróneos, hacia el socialismo. La revista jesuita *Mensaje* decía a fines de 1972: “Por todas partes surgen grupos de cristianos, principalmente sacerdotes, para quienes el modelo de los partidos de inspiración cristiana ha dejado de ser viable en la práctica y definible en la teoría. Para estos grupos América Latina se halla en un proceso revolucionario hacia el socialismo, proceso único que ha de ser encarado con los instrumentos de análisis y de acción inspirados en el marxismo. No se trata ya simplemente de la justicia social, sino de la lucha de clases” tomar partido por los pobres, por la clase explotada, es la manera de ser cristiano en nuestros días y en nuestros países . . .

En el II Congreso de sacerdotes ecuatorianos, en la reunión de los 80 curas chilenos, en la III Asamblea del movimiento protestante iglesia y sociedad en América Latina, en el I Encuentro latinoamericano de cristianos por el socialismo, con la participación de 400 sacerdotes y en infinidad de grupos y debates, se ha ido afirmando una postura más clasista y activa que busca definir los rasgos de la Iglesia del porvenir. Sus ideas nacen de la propia realidad dramática del continente, y por eso, por ejemplo, 16 obispos del NE brasileño pudieron decir en su resonante documento “Yo oí los clamores de mi pueblo”, que ante la realidad de la sociedad de clases y la opresión social, “la clase dominada no tiene otra salida para liberarse si no es a través de la larga y difícil marcha, ya en curso, en favor de la propiedad social de los medios de producción . . .”.

También es cierto, por otra parte, que la asunción de una verdadera conciencia social no es rectilínea ni homogénea, particularmente en una institución como la Iglesia latinoamericana, donde si bien se resquebrajan los cimientos de la vieja ideología conservadora y reaccionaria en la que reposaban todos los falsos valores y la concepción del mundo largamente sembrados entre las masas, el proceso de revisión de las ideas es sumamente complejo, y debe vencer los prejuicios, las tradiciones, los hábitos de un clero y de organizaciones educados en el anticomunismo y el elitismo y nutridos socialmente por sectores y concepciones provenientes en lo esencial de la burguesía y la pequeño-burguesía. .

Después de Medellín, por ejemplo, como expresión del avance de numerosas tendencias clericales latinoamericanas que rompían con el pasado

y buscaban participar en el proceso revolucionario con su propia fisonomía, cobró gran difusión la llamada **Teología de la liberación**. Bajo sus banderas se cobijaron tanto grupos consecuentemente comprometidos con las luchas de masas, sin ánimo de trabajar junto con los marxistas en las comunes tareas planteadas por la vida, cuanto otros grupos que tomando en cuenta la atracción del marxismo sobre sectores cristianos, procuran “cristianizarlo, despojarlo de su carácter clasista y revolucionario, convertir al cristianismo de liberación en una nueva alternativa al socialismo científico y a la necesaria unidad popular, superando, dicen, la lucha de clases por el amor y la conversión cristiana de los pudientes; e incluso los ha habido que intentan aplicar semejante teología a partir de la experiencia peronista, afirmando que no hay ninguna necesidad para los países católicos de América Latina de utilizar el “marxismo importado”, cuando se cuenta con doctrinas nacionales basadas en la religiosidad popular y dirigentes carismáticos obedecidos por las masas.

Ciertos jesuitas, teólogos nacionalistas burgueses y otros exponentes de esta postura, postulan la fraternidad de clases como panacea social. El P. Segundo Galilea, del CELAM, afirma que en la realidad “hay burgueses que explotan y que son explotados, hay proletarios que son explotados y que explotan. El pecado de explotación pasa por el corazón humano . . .”. Al final, todo termina en la corrupción incurable del ser humano por culpa del pecado original . . .

Aparentemente en las antípodas de esta capitulación teológica, ante el yugo de clases, existen algunas variantes ultraizquierdistas de la Teología de la liberación que tienden a expresar la protesta pequeño-burguesa bajo manto religioso, conservando el viejo aparato teológico subjetivista, despreciativo de las leyes objetivas del proceso histórico y exacerbadamente espiritualista, adversario del papel autónomo y dirigente de la clase obrera que reemplazan por la revuelta espontánea y a la “buena de Dios” de grupos esclarecidos, adversarios del socialismo científico y propulsores de algún difuso y utópico “socialismo nacional cristiano”, cuyo modelo buscan algunos en el corporativismo medieval, en la organización de comunas autónomas (a imagen de los “cantones independientes” de Bakunin, a las comunas agrarias del maoísmo), y hasta hay quien, como el jesuita argentino Yorio reivindica las reducciones jesuíticas del Paraguay como un modelo recreable de socialización cristiana.

Tal vez lo que seduzca a semejantes teólogos es la posibilidad de volver a dar vida a una organización paternalista como las misiones guaraníes, de rígida disciplina militarizada, que al repique de las campanas eclesiásticas reglamentaba cada minuto de la vida de los indígenas, convertidos en simple mano de obra sin vida propia ni autonomía alguna . . .

Para completar el cuadro, sumamente complejo y heterogéneo de estas tendencias teológicas, digamos que las hay también de tipo anarquista, que consideran la lucha de clases como si fuese expresión del bien y del mal bíblicos en conflicto incesante. “No hay revolución histórica que pueda suprimirla” —dice el teólogo brasileño J. Comblin— ya que hasta el socialismo crea fatalmente “una nueva clase dominante, burocrática y tecnocrática contra la cual la lucha de clases es la única salida de liberación.”

Las grandes debilidades teóricas de semejantes posturas teológicas, que

buscan romper con el pasado pero no se ponen audazmente de cara al porvenir, cuyo nunca superado prejuicio anticomunista y antiproletario y su inveterado espíritu paternalista terminan por esterilizar su accionar, por separarlos de las fuerzas más consecuentemente revolucionarias de la sociedad, precisamente cuando más profunda es la crisis ideológica en el cristianismo y la necesidad de una presencia activa, unitaria y específica en el vasto frente de las masas populares. Son muy bien aprovechadas por la derecha clerical, por los círculos más habilidosos del reformismo eclesiástico que procuran revertir todo el proceso de avance de las tendencias cristianas en las últimas décadas, quebrantar los vínculos de colaboración que se han venido estrechando con los marxistas y otras fuerzas en la lucha común por los derechos humanos, las reivindicaciones del pueblo, la libertad y el progreso social.

El debate que se lleva a cabo en la iglesia respecto de los documentos preparatorios y la próxima conferencia episcopal de Puebla demuestra esas intenciones y la hondura del enfrentamiento.

En el documento de los obispos reunidos en Bogotá se dice: "No se puede disimular que hay conflictos en la Iglesia latinoamericana". La muy crítica recepción tributada por la abrumadora mayoría de los episcopados al Documento de Consulta elaborado por la secretaría general del CELAM para Puebla, es índice de la pugna, ya entrevista en diferentes reuniones obispaes en los últimos tiempos, entre quienes quieren revisar y corregir lo conquistado en Medellín y desarrollado a su impulso, y aquellos que tratan de aplicarlo, profundizándolo y tornándolo más activo, y que, como señalara la Conferencia Episcopal de Brasil, los problemas del continente se han agravado en estos diez años, y es indispensable fijar claramente "como ser y continuar siendo cristianos en medio de millones de seres explotados y marginados" (Cardenal Lorscheider).

Los enemigos del compromiso cristiano popular, recurren como siempre al chantaje anticomunista. En una declaración del Comité Permanente del Episcopado Chileno se rechazan las acusaciones de los círculos clericales y pinochetistas acerca de que, se dice, "la Iglesia está infiltrada por el marxismo hasta la médula, que las orientaciones de Medellín han contribuido a la marxización de la Iglesia en América Latina." La revista argentina Somos acaba de afirmar que "quienes hace una década acudieron a Colombia dejaron abiertas las puertas de la Iglesia a la infiltración marxista . . .".

Más comedidos y habilidosos, dirigentes del CELAM como Mons. López Trujillo y otros han criticado los "excesos" de la "Teología de la liberación" iniciada en Medellín debido a sus opciones políticas y su terminología de "cuño marxista". En un resonante memorándum más de 100 teólogos de la RFA denunciaron la intensa campaña que contra la teología de liberación y el compromiso cristiano han desatado grupos protegidos y estimulados por López Trujillo, tales como el Centro de Estudios para el Desarrollo e Integración en América Latina (CEDIAL), con sede en Colombia y dirigida por el padre Roger Vekemans, quien fuera eminencia gris de Frei en Chile. Según un vocero del CEDIAL, su objetivo es "oponerse con uñas y dientes a entregarnos a la revolución marxista como alternativa" y esclarecer "la confusión que en el compromiso político ha alcanzado tan alto grado entre los cristianos."

Vekemans, dice el memorándum alemán “se ha hecho acreedor de una oscura reputación a raíz de haber recibido apoyo de millones de dólares de parte de la CIA para la implementación de una política imperialista en América Latina.” Esta política proimperialista, cabe suponer, no está demasiado lejos de las tácticas elaboradas por la famosa Comisión Trilateral de Carter y Brzezinski y dirigida por la familia Rockefeller, la misma, vaya casualidad, que hace unos años diera vida a la Alianza para el Progreso y nutriera la “revolución cristiana” de la derecha DC, como alternativa a la revolución cubana y al proceso liberador en América Latina.

Mons. López Trujillo, por ejemplo, ha manifestado más de una vez que la Iglesia debe seguir bregando (que otro remedio queda) por los derechos humanos y la liberación, pero todo dentro de la doctrina y de las filas de la iglesia y nada fuera de ellas, rechazando, dijo “los cálculos ideológicos interesados”, los compromisos políticos, las “teologías de liberación demasiado tributarias del análisis marxista”, y la lucha de clases, todo mediante una iglesia capaz de iluminar y dirigir la construcción de lo que denomina: una “nueva democracia”, con “reformas audaces”, sí, pero respetando la propiedad privada y evangelizando de tal modo a los pobres que ellos puedan “a su turno ser evangelizadores de aquellos que, en la riqueza tienen herido el corazón . . .”.

¡Cuánta dulzura y buenas intenciones! ¡Cómo no habrían de conmovirse los que desde hace tantos años bregan porque la Iglesia se convierta en una opción frente al marxismo capaz de defender, claro está que en nombre del espíritu, sus privilegios frente a la marea reivindicativa de las masas trabajadoras!

El Documento de Consulta para Puebla expresa, precisamente, junto a justas aunque parciales descripciones de la trágica situación económica, social, política y cultural del continente, de la incesante polarización entre ricos y pobres, de la violación de los derechos humanos, y de la falta de democracia, una crítica sistemática de los partidos políticos como si fuesen innecesarios, “desprestigiados”, y en especial del “extremismo”, del marxismo y los grupos que se inspiran en él “cada vez más cerrados, dice, a veces fanáticos e incapaces de contribuir al desarrollo.”

Bien lejos está semejante actitud de la señalada por Juan XXIII, Paulo VI y el Concilio, que promovieron el diálogo y la colaboración de cristianos y comunistas en tareas de bien común; y se halla en las antípodas de las experiencias unitarias de los cristianos del continente y de las necesidades de nuestros pueblos de unir fuerzas para enfrentar al fascismo, al imperialismo y la expropiación social.

El Documento de Consulta propicia, es claro, algunas reformas secundarias y sólo se inquieta ante los “privilegios ilegítimos”, como si hubiera otros legítimos y sagrados. No por casualidad el texto recibió la repulsa de la mayor parte de los obispados y sectores católicos de América Latina. El cardenal Primatesta dijo que se trataba de un documento muy verde, no sólo por el color de sus tapas sino por su inadecuación a la realidad. El episcopado brasileño lo rechazó por insuficiente, distante de la realidad concreta y falto de compromiso para con el pueblo y la justicia social. Igualmente las iglesias de Chile, Perú, Panamá, Honduras y otros lugares criticaron sus debilidades, su frialdad académica, su falta de denuncias sobre las causas y

los causantes de los hechos que describe, e incluso el increíble elogio a regímenes de fuerza como los únicos capaces de superar el caos y el vacío de poder frente a la agitación de las masas . . .

El debate episcopal hizo que el Documento de Consulta fuera dejado de lado y reemplazado por otro, de trabajo, una especie de guía para la asamblea de Puebla, donde parece haberse dado mayor énfasis a los problemas prioritarios de la justicia y del compromiso con los pobres, aun cuando dentro de una tónica todavía antimarxista, de disputa más que de diálogo . . .

Aunque la Conferencia de Puebla es más restringida que la de Medellín, con un menor número de expertos sacerdotales y laicos, por lo que muchos han expresado su temor de que se convierta en una **“Conferencia en Puebla pero sin pueblo”**, parece que no será fácil que ella pueda sustraerse a la presión de las tendencias populares cristianas, de la lucha incesante de las masas por la democracia y el progreso, de la situación convulsiva del continente.

¿Qué concepciones terminarán por predominar en el movimiento cristiano, qué papel desempeñará éste en el proceso de cambios que se agita en América Latina? Seguramente esto no se ha de resolver en Puebla, aunque allí podrá definirse con mayor claridad el contraste de ideas y programas que buscan delinear lo que ha de ser la Iglesia latinoamericana en estos años que anuncian el fin de un siglo y el comienzo de una nueva era universal.

En definitiva, ello tendrá que ver con el desarrollo de las propias fuerzas democráticas y unitarias en el seno de la misma Iglesia, con la propia experiencia acumulada y el ascenso de la conciencia de las masas creyentes, que buscan más que una teología de la liberación, que puede llegar a ser sectaria y excluyente, **liberar a su teología** de toda vinculación espurio y apoyarse en ella y en las demandas radicales de su fe para participar en la lucha colectiva de su pueblo y de su clase.

Y tendrá mucho que ver, por supuesto, con la creciente labor de diálogo y colaboración que desplieguen con ellas, con su clero y sus jerarquías más sensibles, los sectores de vanguardia de la vida social y política de cada país, disipando en la práctica del trabajo conjunto las prevenciones de ambas partes, sin dejar por ello de lado la polémica doctrinaria entre la concepción materialista del mundo y su visión religiosa, con el fin de ayudarlos a iluminar sus ideas y su camino, pero subordinando el debate filosófico constructivo a las tareas urgentes de la lucha antifascista y antiimperialista, que brotan de nuestros comunes intereses sociales, políticos y humanistas.

“Lo importante —escribió hace poco el dirigente DC chileno B. Leighton en la *Revista Internacional* de los comunistas— es hacer cosas concretas, no estar peleando entre nosotros sino pelear con Pinochet.”

La vida demuestra que las ideas de justicia social, de socialismo, no tienen por qué chocar con las creencias religiosas. El catolicismo es una religión, no un PP ni una doctrina económica, y hay católicos en todos los partidos y esgrimiendo doctrinas muy diferentes. Si hay prelados o empresarios católicos que se oponen a la democracia auténtica, al socialismo, y por ende a colaborar con los PPCC, no es tanto por el ateísmo de éstos, ya que como demuestran los hechos pueden muy bien convivir y colaborar con burgueses incrédulos y con fascistas anticristianos, cuanto por el contenido económico-

social que el socialismo presupone, porque sustituye el individualismo burgués por la solidaridad obrera y popular, por las transformaciones de fondo que postula. Pero estas transformaciones son hoy también bandera de lucha de las amplias masas creyentes y de buena parte de su clero, millones de creyentes votan y respaldan a los PPCC en el mundo entero, repudian al capitalismo, ansían una vida nueva, y es así que el foso que ha venido separando a los diversos sectores del pueblo por motivos religiosos comienza a angostarse y desaparecer.

La experiencia histórica demuestra cuánto daño hizo a la Iglesia su pertinaz resistencia a los cambios históricos progresistas, de qué modo el anticomunismo la aislaba de las fuerzas proletarias y populares que con sus luchas vienen diseñando el porvenir, y como solamente el abandono del anticomunismo estéril y contraproducente y el compromiso con las demandas y esperanzas de las masas le puede permitir acercarse con plenitud y limpieza al pueblo. Nadie recordará a los teólogos de las Cruzadas y excomuniones, pero todos hemos valorado y aplaudido a Juan XXIII o a Paulo VI, y sus mejores actos de diálogo y apertura al mundo nuevo han determinado sin duda la continuidad prometida por el nuevo Papa.

Claro que serán los propios cristianos quienes deben resolver las contradicciones todavía latentes en una institución desgarrada entre intereses antagónicos, donde todavía queda mucho por hacer para arrancarla del lado de los ricos, de quienes depende en gran medida, y ponerla del lado de los pobres, que conforman lo esencial de su grey, permitiéndole así recuperar su relativa autonomía histórica, la misma que le permite en buena parte del planeta integrarse, en un proceso nada fácil ni terminado, pero en desarrollo, a las nuevas formas de vida creadas por el socialismo, más compatibles, por cierto, con el Sermón de la Montaña que con el monopolio y el latifundio.

En el trabajo compartido podremos más fácilmente librar a nuestros países de los antagonismos sociales y los desgarramientos personales que ensombrecen nuestra vida e impiden que los mejores sentimientos, cristianos y humanos, puedan finalmente encarnarse en una existencia sin miedo, sin miseria, sin ignorancia, sin explotación del hombre por el hombre, haciendo más libre, bella y fraterna nuestra morada común.